

CARVALHO Y YO



por Manuel
Vázquez Montalbán

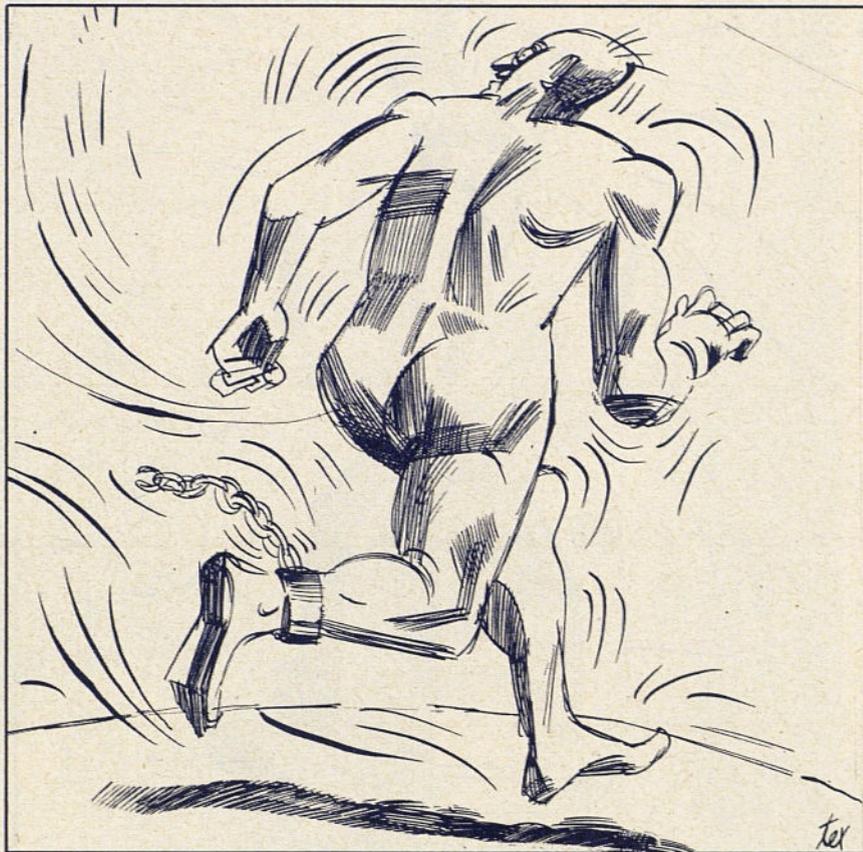
ESTABA muriéndose Juan XXIII y los presos de la cárcel de Lérida permanecían en el patio general de la prisión siguiendo por la radio las incidencias de la agonía, con un interés muy superior al que empleaban cada domingo para seguir los resultados de "Carrusel deportivo". De la muerte o no muerte del Papa Juan dependía un indulto y la posibilidad de salir antes a la calle. Pero, de pronto, empezó a extenderse un cuchicheo nervioso y admirado que no se correspondía con el tono general del velatorio radiofónico.

—Han traído al Margarito.

Y el nombre de El Margarito iba de boca en boca como la María Amparo de la copla. Los más viejos del lugar —Antonio el Cachas Negras o Félix el Abortero, sin olvidar a El Cuatrero, violador de gallinas, o a El Madriles, cazador de manthis religiosas— nos contaron la historia o leyenda de El Margarito, rey de los fuguistas de España, que a aque-

llas alturas de 1963 sumaba ya más de doscientos años de condena. El Margarito pasaba por la cárcel de Lérida en conducción de regreso al penal de El Dueso, si no recuerdo mal, después de haber participado en un juicio que había sumado siete años a su condena acumulada. La leyenda decía que El Margarito se reconocía culpable de todos los delitos cometidos en España cuando él estaba en la calle, con tal de que se le trasladara al lugar del juicio y poder así aprovechar la ocasión para fugarse. La lentitud sumarial de la justicia española le permitía subirse al tren de causas morosas que se arrastraban desde sus tiempos de adolescente y del juego de la fuga había salido con el cuerpo molido a palizas y con la cuenta nada corriente, pesada, plúmbea, de su condena aumentada hacia el infinito.

EN efecto, El Margarito estaba en Lérida. En una celda para él solo o paseante por un patio para él solo. Una F en su ficha, F de fuguista que le acompañaría durante toda su vida carcelaria, como le acompañaba siempre



Los fuguistas

la sombra de un funcionario, como le acompañaría siempre, en cada traslado, el tris tras del naranjero de la Guardia Civil avisándole de que a la primera sospecha de intento de huida se le aplicaba la ley de fugas. Y junto al funcionario que le marcaba estuvo El Margarito durante la Misa obligatoria de aquel domingo por la mañana. Salió de su celda con andares de frío protagonista de una ejecución. Era un hombre aún joven, con una cierta delicadeza de animal noble en los músculos y en las facciones, la tensión en reposo, asumida la condición de jugador en la ruleta rusa de la libertad o la cadena perpetua. Un cazador de su libertad.

Nada tenía que ver El Margarito con otros fuguistas que pasaron por Lérida o neuróticos o epilépticos o simplemente profesionales de la desesperación, dioses griegos e histéricos de su lento suicidio. Como tampoco se parecía en nada a los hermanos fuguistas que habían matado al violador de su hermana, que cumplían condena en Burgos y se apuntaban a toda causa en curso que les permitiera la esperanza de la fuga. Eran dos campesinos sólidos, tan silenciosos que no hablaban entre sí y que sólo gastaron unas pocas palabras para saludarnos a los presos políticos —cua-

tro estudiantes con fascinación y piedad— y decirnos que "la mejor gente de Burgos son los políticos". De Burgos habían conseguido fugarse en cierta ocasión mezclados con la basura y en más de una ocasión se habían arrojado de vagones de tercera en marcha, con las muñecas unidas y comidas por las esposas heladas. Caminaban bajo el peso de su condena, sin que por ello perdieran la obsesión de horizonte en los ojos. Sabían tan bien el reglamento penitenciario que en cierta ocasión le dieron un jaque mate jurídico al jefe de Servicios de Lérida, un jovencito abogado granadino con los nervios a flor de piel y todavía más ante aquellos hombres cargados por el inmenso peso de sus cojones morales.

HAGA usted lo que quiera, pero se va a pillar los dedos —le dijeron al jefe de Servicios, y cuando ya se cernía sobre ellos la musculatura represora de los

demás funcionarios, crispados ante aquellos poderosos animales en fuga, y los demás presos dábamos un paso atrás por si había que salir corriendo, el abogado jovencito y granadino dio un salto a lo Nureyev y se fue hacia Dirección a ratificar su soberbia. Volvió con las orejas gachas, aunque con la voz impertinente. Los fuguistas tenían razón. Y es que un buen fuguista, señor Carvalho, es un especialista que sabe de qué mal muere y de qué mal le pueden matar.

—¿A santo de qué esta historia?

—Me han pedido un artículo sobre un fuguista francés y he querido hablar de fuguistas españoles en estos tiempos de rearme nacionalista a cargo del Partido Socialista Obrero Español. Además se va a cumplir el veinte aniversario de todo aquello y la memoria de uno tiene su corazoncito.

—¿Consiguieron la libertad alguno de aquellos fuguistas?

—No. Pero creo que ya eran conscientes de su imposibilidad. Eran rebeldes primitivos, conscientes de que eran prisioneros de guerra, de la eterna guerra entre el Bien y el Mal establecidos.

—¿Ni siquiera eran chulos?

—Ni siquiera...